

La Imaginería Oriental Exotista en Rubén Darío

Por ESTUARDO NUÑEZ.

Hemos trazado en otras páginas un cuadro de los impactos de Oriente en la literatura americana, muy leves desde el siglo XVI hasta el XVIII, más acentuados en el XIX (sobre todo en relación con el Cercano Oriente) y finalmente mucho más perceptibles los primeros años del siglo XX, a raíz de la expansión del modernismo, movimiento que trajo una real aproximación al Lejano Oriente: el Japón, la China y la India, principalmente. Convendría esta vez adelantar algo acerca de aquellos elementos orientales que pueden ser perceptibles en la poesía de Rubén Darío.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

Su imaginación lo transporta a mundos de ensoñación y el mismo Darío atribuye tal inclinación mental a un fenómeno de mestizaje. Así dice en el prólogo de *Prosas profanas*:

“Hay en mi sangre alguna gota de sangre de Africa o de indio chorotega o nagrandano. Pudiera ser, a despecho de mis manos de marqués; mas he aquí que veréis en mis versos prince-reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles; ¡qué queréis!, yo detesto la vida y el tiempo en que me tocó nacer; y a un presidente de República no podré saludarte en el idioma en que te cantaré a ti, ¡oh Halagaball! de cuya corte —oro, seda, mármol— me acuerdo en sueños...”. (1)

Esa proyección a lo lejano tiene sin duda prosapia romántica. Pero en Darío es algo más, es fuente de nuevas imágenes, estímulo de fantasía, superación del vulgar realismo o del frío

(1) R.D., *Prosas profanas*, 1896, cit. por la edición *Obras poéticas completas*, Buenos Aires. Ed. El Ateneo, 1953.

parnasianismo, renovación de motivos poéticos, transformación de la lírica hispánica volcada entonces en las melancólicas y lóbregas oquedades del sentimentalismo o la leyenda tradicional. Rubén no quiere limitar su lírica al espacio o el tiempo en que vive; ansía proyectarse a realidades un tanto extrañas —él habla del “país imposible”— pero verosímiles. De allí su vocación por lo oriental, todavía a fines del XIX envuelto en los cendales de lo desconocido e ignoto, lo poco que quedaba de ignorado en el mundo para un americano de esa época.

Esa afición por lo oriental explica asimismo la elección del nombre “Darío” como apelativo literario, que está señalando ya desde la adolescencia, una predilección orientalista. A “lo hebreo” de Rubén, se unió (con fruición exotista) “lo persa” de Darío. En sus cuentos de juventud, también existen huellas de esa afición, tangible en un Cuento de *Azul*: “La muerte de la emperatriz de la China”.

Desde muy joven, encontrándose en Chile, Rubén Darío hizo planes de proyectarse por el mundo, de visitar París, y acaso resume en esa capital a toda Francia, y también a Italia y España, y agrega luego:

“¿Por qué no?, un viaje al bello Oriente, a la China, al Japón, a la India, a ver las raras pagodas, los templos llenos de dragones y las pintorescas casas de papel...” (2)

Pero este programa de viajes no se realizó nunca en su integridad, pues Rubén Darío sólo alcanzó a recorrer Europa, y residió extasiado los mejores años de su madurez en París. El Oriente, como meta de conocimiento directo, quedó en un bello sueño, en un proyecto irrealizado. Otros integrantes de su generación, otros modernistas como Enrique Gómez Carrillo, realizaron el ideal del maestro. A Rubén lo asediaron males del cuerpo, crisis espirituales y finalmente lo ganó la muerte. El conocer Oriente quedó en mero proyecto y acaso sólo logrado en su imaginería de poeta. Llegó a plasmar evocaciones aisladas, imágenes sueltas en algunos pocos poemas, que recogen apenas o el ansia frustrada de conocer o el producto de algunas gratas lecturas. De tal suerte su inclinación exotista lo conduce a un Oriente imaginario que vincula por lo general al culto de su musa erótica, los harenes, las huríes, las bayaderas. Como bien observa Pedro Salinas (3), Rubén aprovecha

(2) R.D. *Historias de mis libros*, p. 35.

(3) Pedro Salinas, *La poesía de Rubén Darío*, Buenos Aires, Ed. Losada, 1948, p. 116.

al lado del erotismo renacentista, "lo que el Oriente, Japón, Indias, enseñan de misteriosos y sutiles goces sensuales".

En el "Pórtico" para el libro *En tropel* de Salvador Rueda, editado en 1892, en Madrid, que insertó después en *Prosas profanas* (1896), Darío declara que la musa "griega es su sangre" y resurge después "en el Lacio", luego "vuela de Arabia a un confín solitario", en seguida visita a un rey de Oriente "dueño opulento de cien Estambules" (y el cual, en consecuencia, es turco). Evidentemente se inspira en "las moriscas exóticas zambras" con gentes moras y con califas. Este cuadro oriental se vincula con el de otro poema de *Prosas profanas* titulado "Divagación", en el cual una figura femenina fascina al poeta "como rosa de Oriente" y:

me deleitan la seda, el oro, el raso.
Gauthier adoraba a las princesas chinas.
Oh bello amor de mil genuflexiones,
torres de caolín, pies imposibles,
tazas de té, tortugas y dragones
y verdes arrozales apacibles.
Amame en chino, en el sonoro chino
de Li-Tai-Pé. Yo igualaré a los sabios
poetas que interpretan el destino,
madrigalizaré junto a tu labios.

.....

Amame, japonesa, japonesa
antigua, que no sepa de naciones
occidentales, tal una princesa
con las pupilas llenas de visiones,
que aun ignorase en la sagrada Kyoto,
en su labrado jardín de plata,
ornado al par de crisantemo y loto,
la civilización de Yamagata.

.....

Arturo Marasso ha esclarecido las fuentes de estos elementos y ha podido precisarlos con justeza:

"Ahora nos lleva al Oriente. Lo conducen sus autores: los Goncourt, Judith Gautier, con la visión poética de China y el Japón y Pierre Loti, con las deliciosas japonerías de otoño. El poeta se complace en el arte japonés. Lo ha visto en los libros de estampas japonesas y en revistas:

Amame en chino, en el sonoro chino
de Li-Tai-Pé. Yo igualaré a los sabios...

Leyó a Li-Tai-Pé en el *Livre de Jade* de Judith Gautier. Allí recogió observaciones acerca de la sonoridad del verso del gran poeta, del Verlaine romántico de China. Pero ya el autor de "Divagación" nos trajo a la India. Es una India fastuosa y deslumbrante; la India de Teófilo Gauthier, de los *Caprices*, una India de mitos y de iniciaciones, quizá también la de Leconte de Lisle". (4)

No solamente se advierten en *Prosas profanas* los cuadros de la China y el Japón sino también el de Arabia "con sus tar-dos camellos" (como en "La página blanca"), o el de Persia (en "El reino interior"):

.....
siete mancebos —oro, seda, escarlata
armas ricas de Oriente— hermosos, parecidos
a los satanes verlenianos de Ecbatana
vienen también...

Agrega algo más en "Divagación", completando un cuadro integral del Oriente Lejano y Cercano:

Biblioteca de Letras
o con amor hindú que alza sus llamas
en la visión suprema de los mitos
.....

Oh negra, negra como la que canta
en su Jerusalén el Rey hermoso
.....

Sé mi reina de Saba, mi tesoro;
descansa en sus palacios solitario
.....

Aquí es clara la referencia bíblica al *Cantar de los Cantares*, que fue lectura dilecta de sus años juveniles, según propia declaración.

La referencia oriental no es muy frecuente en Darío pero sí uniforme a todo lo largo de su producción. No decrece ni

(4) Arturo Marasso, *Rubén Darío y su creación poética*, Buenos Aires, Universidad de la Plata, 1934, p. 13.

acrecienta el interés casi ingénito por lo oriental desde su juventud, latente en todas sus épocas de producción. Lo encontramos asimismo en *El Canto errante*, título de poema y libro de 1907, pero aquí el cuadro oriental no está aislado ni hermético. Observemos que se incorpora a una visión totalizadora del mundo oriental y occidental, en que entra el Asia milenaria, la Europa tradicional, la América pujante, el Africa enigmática, de un confín a otro, de la urbe al campo, del paisaje al hombre, en una síntesis palpitante de varia y múltiple imaginación.

El cantor va por todo el mundo
sonriente o meditabundo.

El cantor va sobre la tierra
en blanca paz o en roja guerra

Sobre el lomo del elefante
por la enorme India alucinante.

En palanquín y en seda fina
por el corazón de la China;

en automóvil en Lutecia
en negra góndola en Venecia;

sobre las pampas y los llanos
en los potros americanos;

por el río va en la canoa
o se le ve sobre la proa

de un *steamer* sobre el vasto mar
o en un vagón de *sleeping-car*.

El dromedario del desierto,
barco vivo, le lleva a un puerto.

Sobre el raudo frinco trepa
en la blandura de la estepa.

O en el silencio de cristal
que ama la aurora boreal.

El cantor va a pie por los prados
en las sementeras y ganados.

Y entra en su Londres en el tren,
y en asno a su Jerusalén.

Con estafetas, y con malas,
va el cantor por la humanidad.

El canto vuela con sus alas:
armonía y Eternidad.

Esa misma actitud integradora de la segunda etapa de su producción a partir de 1907 se puede advertir en "Poema del Otoño" (1910):

Como Zingna, reina de Angola,
lúbrica negra.

.....
Por eso hacia el florido monte
las almas van,
y se explican Anacreonte
y Omar Kayam.

.....
Aún en la hora crepuscular
canta una voz:

"Ruth, risueña, viene a espigar
para Booz"

«Jorge Puccinelli Converso»
.....

En el poema "A Margarita Debayle" describe un rey hindú, de lujo oriental, de deslumbrante atractivo:

Este era un rey que tenía
un palacio de diamantes,
una tienda hecha de día
y un rebaño de elefantes.

En el poema "¿Dónde estás?" de *Baladas y Canciones* (1910) insiste en la misma nota:

¿Es que tienes un palacio
de diamante, de topacio,
en un mágico país?

¿Es que algún genio te manda
a Bagdad, a Samarkanda
o a París?

.....

Con más vaguedad se insinúa un ambiente oriental en el poema titulado "En el álbum de Raquel Catalá" (de *Baladas y Canciones*):

El caballo es negro,
el puente, imperial;
las rejas, de mármol,
¡Y cuánto azahar!

.....

Ruiseñor azul
se pone a cantar
cerca del orgullo
de un arco triunfal
que de filigrana
ordenó elevar
Harún-El-Raschid
en gloria de Alá.

Explicitamente, en su prosa Darío confesó devoción y predilección dentro de lo asiático por el Oriente lejano, por la sugestión del hombre y el paisaje del Japón en una crónica escrita cuando prácticamente había concluido el ciclo de su producción poética, en 1914, dos años antes de morir. (5)

Así Rubén Darío publicó en *Mundial*, su más explícito escrito en prosa de información sobre cultura japonesa titulada "Bajo las luces del sol naciente". Allí trata por supuesto de los cerezos, de los bonzos, de las casas de papel, del té, de las geishas, de los "kimonos", del "sake", de los daimios y "samurais", del amable "sayonara". Toda una síntesis del Japón galante con sus costumbres exóticas, su original concepto de la vida y sus virtudes, traducen las páginas del cronista Darío. Pero no es crónica vivida o pseudo-vivida como la de Gómez Carrillo, sino visión libresca, literaria aunque de buena estirpe, sin alegoría ni truco. Las fuentes de este trabajo están casi explícitas en el mismo texto: los hermanos Goncourt, Lafcadio Hearn. Agrega luego como reproche unas notas de la historia reciente: la europeización, la tecnificación y el triunfo del Japón frente a Rusia en 1905:

"destruyeron toda la poesía posible; convirtieron a Madame Crisanthème en institutriz inglesa y en enfermera. ¿En dónde está ese mundo de vagos ensueños, ese mundo como lunar, extraterrestre como astral, que admiré —dice Rubén— en las

(5) R. D. "Bajo las luces del sol naciente", en *Mundial-magazine*, N.º 34, febrero de 1914 pp. 339 - 348.

escenas, en la maravillosa actriz Sada Yacco, que era una revelación de belleza exótica y peregrina? ¿En dónde están los antiguos pintores de "Kakemono", los antiguos Outomaros y Hokusais? ¿En dónde las nobles creencias, los generosos ideales, la dulzura del carácter, las genuflexiones, las pintorescas amorosas, el alma antes encantadora del pasado Japón?

... En la Manchuria la tierra se llenó de cadáveres... Los mares chinos se enrojecieron de sangre. Se mira a los Estados Unidos con aire de desafío, con amor a la guerra... La civilización ha triunfado..."

Así como estuvieron incorporados a su poesía todos los ambientes del mundo, también lo fueron los cuadros zonales de todo el oriente, casi sin faltar ninguno. Lo chino, lo japonés, lo hindú, lo persa, lo hebreo, lo árabe, lo turco, nutren separada o conjuntamente las imágenes de muchos versos de Darío. En tal forma se integra ese sentido universal de su poesía y de tal manera resulta enriquecido, al par su mundo poético y el *imago mundi* del Modernismo.

La predilección de Darío por el orientalismo había sido generada sin duda por ciertas lecturas de juventud, como *La Biblia* o *Las mil y una noches*, pero también por asimilación de la poesía de Enrique Heine que para entonces estaba profusamente traducida al castellano y por las páginas del *Viaje a España* de Teófilo Gautier, obras capitales en las cuales se difundió por el mundo artístico el elemento oriental en la poesía y el arte de España. Probablemente su primer contacto con lo oriental estuvo allí en esas lecturas en donde se exalta lo moro, lo árabe y lo hebreo. En una segunda etapa, entraron ya en la madurez las lecturas de autores franceses volcados a la sugestión de los esoterismos y exotismos de Oriente como Pierre Loti o Judith Gautier, y las de innumerables traductores que en la lengua gala revelaron muestras de las literaturas de los pueblos lejanos, desde la época romántica, (como las estrofas del *Rubaiyat* de Omar Khayam) o de las publicaciones que reprodujeron imágenes del arte asiático.

Esos dos tipos de experiencias constituyen una *vivencia de formación* (la Bildungs-erlebnis) a través de lecturas o de testimonios. No hubo en el caso de Darío la *vivencia primitiva u originaria* (la Ur-erlebnis) pues nunca pasó de haber soñado en el viaje a regiones orientales, a pesar de que estuvo en el ser de Darío una gran afición por el conocimiento real del

mundo. Pero la vida no le dio esa oportunidad ansiada y el final prematuro ahogó sus deseos y desbarató sus planes.

El común amor por lo oriental pudo haber sido uno de los elementos o vínculos que explican su larga y estrecha amistad con un escritor guatemalteco coetáneo, casi paisano, que no fue precisamente un poeta sino un buen prosador, don Enrique Gómez Carrillo. Esa amistad subsistente, a pesar de algunas intemperancias o emulaciones del segundo que por momentos mortificaron a Darío, según lo demuestra Alberto Ghirardo fue sin embargo durable. Los vemos unidos en muchas empresas y homenajes, se hacen mutuos elogios. Había surgido la amistad en la juventud, se había estrechado en los días de la primera visita de Darío a París, en 1894, donde vivía ya prósperamente Gómez Carrillo y cuando éste tuvo oportunidad de introducirlo en los medios literarios franceses y de presentarle a Verlaine y a Moréas. Su primer contacto con la literatura oriental a través de traductores franceses parte de esa época y tiene que ver en ello Gómez Carrillo, devoto cultor de orientalismos. Más tarde Gómez Carrillo escribe sus crónicas *De Marsella a Tokio* (Madrid, 1904) y solicita a Darío el prólogo para las mismas. En la revista *Mundial* (que dirigía en París), Rubén Darío publica de Gómez Carrillo una primicia de su libro *El Japón heroico y galante* que había aparecido en Madrid (Ed. Renacimiento S.A., 1912). A poco se podrá leer también otro libro sobre el Japón de Gómez Carrillo titulado *El alma japonesa* (París, Garnier Hnos., 1913), todos ellos productos de intensos viajes que realiza Gómez Carrillo por esos años. Podríamos decir de tal suerte que Rubén Darío viajó por Oriente en la persona de su amigo y compañero de letras Gómez Carrillo.

No existe un ardor del pensamiento que no haya latido en sus sienes, dice Arturo Marasso para explicar la fuerza y el sentido universal de la poesía de Rubén Darío. Las influencias e impactos recibidos, las más diversas, se unen y fusionan en su espíritu receptivo pero al mismo tiempo creador, sensual y de tropical fantasía. Uno de esos impactos tal vez el más durable y latente, fue el cuadro y los elementos del Oriente fascinante, a través de lecturas o experiencias ajenas fina y gratamente asimiladas.